

Alumno. Juan Carlos Calderón Hernández
Materia. Teorías de la comunicación I.

El funcionalismo

La etiqueta funcionalista se utiliza en muchas disciplinas: por ejemplo, en lingüística, psicología y arquitectura. En la sociología el “funcionalismo” abarca una gran variedad de autores y escuelas, que no obstante suelen compartir ciertos presupuestos esenciales. En primer lugar explican la persistencia de las prácticas sociales haciendo referencia a efectos (con frecuencia no deseados) que son beneficiosos para el equilibrio o la integración del sistema social en el que se encuadran dichas prácticas. En segundo lugar, el funcionalismo reconstruye el concepto de racionalidad: presupone que en ciertas prácticas aparentemente irracionales pueden ser inteligibles cuando se captan sus funciones sociales. En tercer lugar, el funcionalismo utiliza el concepto de requisitos funcionales. El argumento suele ser que tales requisitos han de cumplirse para que sobreviva una sociedad determinada o, de forma alternativa, que ésta funcione de manera que esas necesidades tiendan a satisfacerse.

El funcionalismo coincide, por ejemplo, con la inclinación del positivismo a no hacer referencia a entidades a las que no se puede acceder directamente mediante la observación. El funcionalismo era aún más compatible con los rasgos principales del estructuralismo, otra importante corriente teórica del momento. Ambas participan de una idea totalizadora de la sociedad en la que es crucial la interrelación entre subsistemas y prácticas.

El primer funcionalismo

El funcionalismo como escuela independiente no aparece sino hasta el siglo XX, pero el intercruzamiento funcionalista, en sí, es mucho más antiguo. Muchos de

los llamados “padres de la sociología” intentaron explicar los fenómenos sociales mediante analogías con el ámbito biológico.

Spencer y Durkheim funcionalistas adelantados a un tiempo consideraban que la sociedad era un todo orgánico en el que los diferentes subsistemas o prácticas tienen la función de manejar la entidad mayor en la que están inmersos. Este concepto de sociedad como entidad orgánica se convirtió en un rasgo crucial del argumento funcionalista en el siglo XX. Así mismo, las teorías funcionalistas del siglo XX reconstruyen la historia a partir de la intensificación de la complejidad, la compartimentación y diferenciación entre sistemas. Antecesores del movimiento funcionalista introdujeron el concepto de necesidades sociales. Para que los sistemas sociales estén sanos o al menos, para que sobrevivan, hay que satisfacer ciertas necesidades.

Durkheim no precisa sus rasgos funcionalistas teniendo que encontrarlos en las Reglas del método sociológico y en la División del trabajo. En las Reglas Durkheim hizo hincapié en que cualquier explicación adecuada combina el análisis causal con el funcional. El primero explica la sucesión de los fenómenos sociales, mientras que el segundo indica por qué se mantienen las prácticas sociales partiendo de “necesidades generales del organismo social” en el que están inmersas. El análisis funcional es determinante en la distinción que Durkheim establece entre fenómenos normales y patológicos. En una sociedad de terminada, ciertas manifestaciones son normales si tienen lugar de forma regular en sociedades parecidas, y si satisfacen las funciones sociales principales. Los fenómenos son patológicos si no cumplen esas condiciones.

La sociedad se mantiene unida mediante lo que Durkheim denomina “solidaridad mecánica”, es decir, una forma de cohesión que se basa en la similitud de creencias y sentimientos.

Durkheim diagnosticó que la “anomia” era uno de los principales problemas sociales de su tiempo. Anomia significa literalmente “ausencia de normas”. Durkheim creía que una sociedad sana depende de la institucionalización de variables principales y de directrices normativa. Sin embargo, la anomia es sólo

una fase transitoria. La sociología puede ayudar a implantar los valores y reglas normativas que convienen a la sociedad moderna.

El funcionalismo como escuela, sus pioneros fueron Bronislaw Malinowski y Alfred Reginald Radcliffe-Brown. Ambos utilizaron la etiqueta de “funcionalismo” para clasificar el marco teórico de referencia que utilizaban, aunque, a veces, Radcliffe-Brown utilizó la expresión “funcionalismo estructural” para distinguir sus argumentos de los de Malinowski.

Se revelaron contar los antropólogos del siglo XIX. Había dos problemas: que a veces se basaban en cierto difusionismo que carecían de experiencia empírica directa, según el difusionismo los elementos o prácticas sociales se extendían de una sociedad a otra mediante la emigración y el comercio, de forma que los mecanismos o prácticas culturales similares se explicaban a partir de un origen común.

Malinowski intentó demostrar que ciertas prácticas o procesos mentales que, a primera vista, son irracionales después de todo son razonables, en el sentido de que se puede demostrar que responden a ciertas necesidades, ya sea de tipo social o psicológico. Señaló que las personas intentan conocer y controlar su medio para satisfacer sus necesidades biológicas.

Comte, Durkheim y otros muchos insistieron en que la sociedad es una entidad peculiar. Es evidente que se compone de individuos con rasgos psicológicos y biológicos. Sin embargo, sería un error pretender explicarla fijando sus causas principales y mecanismos psicológicos o biológicos.

La teoría de las necesidades de Malinowski es esencial en su esquema funcionalista; sus conceptos de necesidad y de función están muy interrelacionados: las prácticas sociales sólo cumplen una función si conducen a la satisfacción de las necesidades. Malinowski distinguía tres niveles fundamentales de necesidades: las necesidades biológicas primarias, necesidades sociales y las necesidades sociales integradoras.

Radcliffe-Brown señaló, que la sociedad tiene su propia e irreducible complejidad y que no puede explicarse haciendo referencia a mecanismos que

funcionan en nivel inferior. La sociedad debe aspirar a un estado de eunomia o salud social que se da cuando las diferentes partes entre sí coexisten en una relación armoniosa. Denominó a las “funciones”, que cumplen las diferentes partes del sistema. Por función entendía la suma total de relaciones que tiene un componente con respecto al conjunto de sistema en el que se inscribe.

Talcott Parsons

La teoría funcionalista de Parsons no simpatizaba con una concepción positivista de las ciencias sociales. Hizo hincapié en lo erróneo de esta postura, porque no creía que recogiera el carácter intencionado de la acción humana, lo que se necesita es una teoría que tenga en cuenta el hecho de que las personas tienden a un objetivo y que, al mismo tiempo, están condicionadas.

Parsons desarrolló su “teoría general de la acción” cuyo objetivo era aportar un marco teórico que conjugara diversas disciplinas de las ciencias sociales: sociología, política, psicología y economía. En esta teoría es esencial el concepto de “sistema”; para él un “sistema de acción” tiene que ver con una organización duradera de la interacción entre lo que dominaba un “actor” y una “situación”. El actor puede ser un individuo o un grupo y la situación puede o no incorporar a otros “actores”. Señaló que todo sistema tiene tres características. La primera es su relativa estructuración. Parsons sostenía que en el ámbito social las pautas relativas a los valores y lo que él denominaba “las variables patrón” contribuyen a la naturaleza estructurada del sistema. La segunda se basa en que la pervivencia de ese sistema precisa del cumplimiento de ciertas funciones.

Las variables patrón representan el universalismo frente al particularismo, la actuación frente a la cualidad, las relaciones específicas frente a las difusas, así como la neutralidad afectiva frente a la afectividad. En el esquema de Parsons subyace la observación de que nuestra sociedad se mueve hacia el universalismo, la actuación y las relaciones específicas y la neutralidad afectiva.

Su concepto de “requisitos funcionales” señala en que medida estas actitudes o significados están enraizados en los subsistemas sociales y se hayan condicionados por ellos. La teoría funcionalista de Parsons descansa en la idea de que cualquier sistema de acción sólo existe en la medida en que cuatro clases de función satisfacen cuatro necesidades básicas. Para Parsons, las cuatro necesidades y requisitos funcionales de cualquier sistema de acción son: adaptación: consecución de objetivos, integración y latencia o mantenimiento de pautas.

Robert Merton

Sus escritos eran más cautos y defensivos, y en ellos siempre estaba presente el conocimiento de las diversas críticas que habían suscitado los anteriores marcos de referencia funcionalista. Una parte importante de su obra se centra en esas críticas. De hecho, intentó constantemente demostrar que no eran válidas o señaló errores que no eran inherentes a su argumento. El paradigma funcionalista que proponía Merton se esforzaba por evitar esos defectos intelectuales. Él señalaba que los individuos evaluaban su propia situación comparándola y contrastándola con la de un grupo de referencia. Merton pensaba que la teoría alcanzaba sus objetivos porque contradecía el sentido común y había sido comprobada empíricamente.

La propuesta funcionalista de Merton se basaba en sus críticas a esta trinidad de postulados funcionales. En primer lugar, él abandona la idea del primer funcionalismo según la cual vivimos en el mejor de los mundos posibles. Hay muchas creencias o prácticas que persisten a pesar que sus efectos no son muy beneficiosos para los individuos afectados o para el conjunto de la sociedad. Puede que sus consecuencias sean negativas o que carezcan de una influencia social significativa. Merton señaló que los primeros funcionalistas habían producido un sesgo que desde entonces había hecho que los estudios se centraran exclusivamente en los efectos positivos que tienen los elementos

sociales para el conjunto en el que están inmersos. Señaló que era habitual criticar al funcionalismo por su sesgo conservador. Reconocía que los primeros funcionalistas habían tendido a hacer interpretaciones que legitimaban el orden existente, aunque negaba que esta tendencia fuera inherente al funcionalismo.

Merton hizo hincapié en que la función de una práctica es un efecto observable y que, por tanto, hay que distinguirla de la motivación que subyace en dicha práctica. Es evidente que algunas prácticas tienen funciones que son las que pretenden y reconocen los individuos afectados. Merton las denominó “funciones manifiestas”. Sin embargo, hay otras que no son ni intencionadas ni reconocidas por los individuos que las realizan y Merton las llamó “funciones latentes”.

Distinguía entre los valores últimos que son esenciales para una determinada cultura y el hecho de que se disponga de medios legítimos para lograr objetivos.

El mérito de Merton fue hacer una reflexión crítica y esclarecedora sobre concepto clave, como el de función o el de equivalente funcional. Su marco era más elaborado que el de los primeros funcionalistas y puso especial cuidado para evitar sus errores, logró apartarse de una imagen de la sociedad que había estado muy en boga y que consistía en tratarla como un todo orgánico en el que sólo había partes funcionales e indispensables.

El neofuncionalismo y Niklas Luhmann

El neofuncionalismo presta atención a las interconexiones que existen entre los diversos componentes del sistema social. Se basa en una gran variedad de fuentes que van desde la teoría general de sistemas hasta el estructural funcionalismo de Parsons, pasando por la antropología filosófica de Gehlen y la fenomenología. Luhmann también establece analogías entre el mundo social y

otros ámbitos; de ahí su interés en la teoría de la autopoiesis y de los sistemas autoorganizativos.

Su punto de partida es el sistema, cuyo funcionamiento sólo puede entenderse del todo, para este autor, si se considera la relación que mantienen con su medio. La principal afirmación de Luhmann es que los sistemas suelen reducir la complejidad del medio en el que están inmersos.

Es evidente que a Luhmann lo que le interesa son los sistemas sociales que se definen como pautas de comportamiento organizadas. El término “sistema social” puede referirse al conjunto de las sociedades, a las instituciones que éstas contienen o a las formas de comportamiento regidas por regla.

Para Luhmann, la consecuencia de la doble contingencia es que los sistemas sociales son autopoieticos. Esto quiere decir que al enfrentarse con un medio que puede poner en peligro su autonomía, estos sistemas lo registran e interpretan de manera que contribuya a dicha autonomía. La fuerza principal de su argumento radica en las tres dimensiones que tienen los sistemas autorreferenciales: el “código” del sistema, su “estructura” y su “proceso”. Los códigos son procedimientos binarios que procesan la información: opuestos binarios como “verdadero / falso” o “significativo / insignificante”. En la estructura o programa se incluyen los valores, normas y expectativas principales que tiene el sistema mientras que el proceso representa la interacción continua. Para que un sistema se reproduzca, el código tiene que mantenerse idéntico, pero la estructura o el proceso si pueden alternarse.

Luhmann también critica la afirmación que hizo Parsons en el sentido de que las normas y valores comunes son un requisito para que exista el orden social. Con la llegada de la modernidad, el orden social se alcanza sin que haya valores esenciales o una amplia interacción normativa.

Bibliografía.

Baert, Patrik, *La teoría social en el siglo XX*. Ed. Alianza. Madrid, 2001. 271 p.

De Fleur, Melvin, *Teorías de la comunicación de masas*. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1999. 463 p.